

ESTUDIO DE CRISTALIZACIÓN DE COLOSENSES

**Permitir que la paz de Cristo
sea el árbitro en nuestros corazones,
dejar que la palabra de Cristo
more ricamente en nosotros
y perseverar en la oración,
con miras al nuevo hombre
(Mensaje 12)**

Lectura bíblica: Col. 3:15-17; 4:2-4

- I. Debemos permitir que la paz de Cristo sea el árbitro en nuestros corazones—3:12-15; Ef. 2:14-18; Ro. 5:1; Mt. 18:21-35:
 - A. La palabra griega traducida *sea el árbitro* puede traducirse también “juzgue, presida, sea entronizado como gobernador y como uno que toma todas las decisiones”; la paz de Cristo, que actúa como un árbitro en nuestros corazones, deshace las quejas que tengamos contra otros—Col. 3:13.
 - B. Muchas veces nos hemos percatado de que hay tres personas que operan en nuestro ser: una que se inclina por las cosas positivas, otra que se opone a estas cosas, y una tercera que toma una posición neutral; de ahí que necesitemos de un árbitro que resuelva las disputas que hay en nuestro interior:
 1. Cada vez que sintamos que los diferentes contendientes en nosotros están argumentando o disputando, debemos permitir que la paz de Cristo presida sobre nuestro ser y que esta paz, que es la unidad del nuevo hombre, nos gobierne y sea quien tenga la última palabra.
 2. Debemos desechar nuestras opiniones, nuestros conceptos, y escuchar lo que nos dice el Árbitro que mora en nosotros.
 - C. Si permitimos que la paz de Cristo arbitre en nuestros corazones, esta paz resolverá todas las disputas entre nosotros; podremos disfrutar de paz verticalmente, entre nosotros y Dios, y horizontalmente, los unos con los otros:

1. Mediante el arbitraje de la paz de Cristo, nuestros problemas son resueltos y las fricciones entre los santos cesan; de este modo, la vida de iglesia será guardada en dulce armonía, y el nuevo hombre será protegido de una manera práctica.
 2. La paz de Cristo que arbitra en nuestros corazones es Cristo mismo que opera en nosotros para gobernarnos, para ser quien tiene la última palabra y para tomar la decisión final—cfr. Is. 9:6-7.
 3. Si nos dejamos regir por la paz de Cristo que ha sido entronizada en nuestro ser, no ofenderemos a otros ni les causaremos daño; antes bien, por la gracia del Señor y con Su paz, ministraremos la vida divina a los demás.
 4. Esta paz debe unir a todos los creyentes y llegar a ser el vínculo de la paz—Ef. 4:3.
- II. Debemos permitir que la palabra de Cristo more ricamente en nosotros—Col. 3:16-17:
- A. Cuando la paz de Cristo arbitra en nosotros y nos guarda en perfecta unidad y armonía, nos convertimos en el lugar donde Dios habla, Su oráculo—vs. 15-16; Ap. 2:1, 7:
 1. La unidad es un requisito indispensable para que Dios nos hable; la división hace que la palabra de Dios escasee, e incluso que cese por completo—Lv. 1:1.
 2. Ya que la unidad es un requisito indispensable para que Dios nos hable, debemos permitir que la paz de Cristo arbitre en nuestros corazones—Col. 3:15.
 3. El hecho de que la palabra de Cristo more ricamente en nosotros significa que ella tiene suficiente cabida en nosotros, de modo que empapa y satura todo nuestro ser; es crucial que permitamos que la palabra de Cristo entre en nosotros, more en nosotros, prevalezca en nosotros y reemplace todos nuestros conceptos, opiniones y filosofías—Sal. 119:130; cfr. Ap. 21:23; 22:5.
 - B. Debemos dar a la palabra del Señor el primer lugar, a fin de poder experimentar las diferentes funciones que tiene la palabra de Dios mientras ésta opera en nosotros y ministra las riquezas de Cristo a nuestro ser—Col. 3:16:
 1. La palabra de Dios nos alumbró (Sal. 119:105, 130),

- nos nutre (Mt. 4:4; 1 Ti. 4:6) y sacia nuestra sed (Is. 55:1, 8-11).
 2. La palabra de Dios nos fortalece (1 Jn. 2:14b; Pr. 4:20-22), nos lava (Ef. 5:26) y nos edifica (Hch. 20:32).
 3. La palabra de Dios nos perfecciona, nos hace completos (2 Ti. 3:15-17) y nos edifica al santificarnos (Jn. 17:17).
- C. Al permitir que la palabra de Dios more en nosotros, podremos llegar a ser seres humanos apropiados, Dios-hombres llenos de Cristo, quien es la realidad de los atributos de Dios—Col. 3:16-25; Fil. 4:5-8.
- III. Debemos perseverar en la oración—Col. 4:2-4:
- A. Debemos dedicar suficiente tiempo a la oración, lo cual nos permitirá absorber más de las riquezas de Cristo, la tierra todo-inclusiva—1:12; 2:6-7; 4:2:
 1. Debemos dedicar tiempo a absorber al Señor, teniendo contacto con Él de una manera definida y prevaleciente—Lc. 8:13; Mt. 14:22-23; 6:6.
 2. Reunirnos con Dios por la mañana no sólo significa reunirnos con Él temprano, sino también reunirnos con Él en un ambiente lleno de luz; debemos acudir a Dios a solas, sin que ninguna persona, asunto o cosa nos distraiga u ocupe nuestra atención—Pr. 4:18; Éx. 33:11a; 34:3-4; Mr. 1:35.
 3. Cuando oramos, es decir, cuando nos acercamos al trono de la gracia, la gracia se convierte en un río que fluye en nosotros y nos abastece—He. 4:16; cfr. Ap. 22:1.
 - B. Si hemos de luchar en favor de Dios y en contra de Satanás, necesitamos perseverar en la oración—Dn. 6:10:
 1. Los que tomamos partido en favor de Dios hemos comprobado que todo el universo caído se opone a nosotros y, en particular, a que oremos; la resistencia a la oración no sólo se encuentra fuera de nosotros, sino también dentro de nosotros—Mt. 26:41.
 2. Orar significa ir en contra de la corriente, la tendencia, del universo caído—Lc. 18:1-8.
 - C. Debemos dedicar tiempos específicos para orar; debemos considerar la oración como la actividad más importante y no debemos permitir que nada interfiera con ella—Dn. 6:10; Hch. 12:5, 12.

- D. Debemos ejercitar continuamente nuestro espíritu, a fin de mantenernos en un ámbito de oración—Ef. 6:18; 1 Ti. 4:7; 2 Ti. 1:7; Col. 1:3, 9:
1. Debemos orar sin cesar, perseverar en la oración y, de este modo, mantener una unión íntima con el Señor—1 Ts. 5:17; Mt. 26:41; Col. 2:19.
 2. Debemos inquirir del Señor hasta en los más pequeños detalles; al hacer esto perseveramos en la oración y, por ende, vivimos a Cristo—cfr. Jos. 9:14; Fil. 4:6-8.
- IV. A medida que permitimos que la paz de Cristo nos gobierne y que la palabra de Cristo more en nosotros por medio de nuestra oración perseverante, Él nos saturará y reemplazará lo que somos consigo mismo hasta que todas nuestras distinciones naturales desaparezcan y lleguemos a ser el nuevo hombre en realidad—Col. 3:15-17; 4:2-3; 3:10-11.

MENSAJE DOCE

PERMITIR QUE LA PAZ DE CRISTO SEA EL ÁRBITRO EN NUESTROS CORAZONES, DEJAR QUE LA PALABRA DE CRISTO MORE RICAMENTE EN NOSOTROS Y PERSEVERAR EN LA ORACIÓN, CON MIRAS AL NUEVO HOMBRE

Agradecemos al Señor por habernos revelado los diferentes aspectos en cuanto a la revelación objetiva de Cristo, la experiencia subjetiva de Cristo, Cristo como nuestro único elemento constitutivo y la expresión corporativa de Cristo. Cada día necesitamos que se nos revele más de este Cristo y que le experimentemos aun más, a fin de que Él sea forjado en nosotros como nuestro elemento constitutivo con miras a que nosotros seamos Su expresión corporativa, el Cuerpo de Cristo, el nuevo hombre. En este mensaje queremos ver y conocer cómo podemos mantener nuestro espíritu lleno de vitalidad con respecto a la revelación objetiva de Cristo, el disfrute subjetivo que tenemos de Cristo, el hecho de que estamos siendo constituidos de Cristo y de que hemos de expresar a Cristo corporativamente. No queremos permanecer igual para siempre; no queremos ser aquellos que languidecen en la tierra (Dt. 4:25, heb.). En lugar de ello, queremos progresar con el Señor y cooperar con Él a fin de que Él sea forjado en nosotros como nuestro elemento constitutivo con miras a Su expresión corporativa. Estamos en el recobro del Señor porque queremos que el Señor regrese mientras estemos vivos. No queremos perder el tiempo. En este último mensaje, veremos cómo establecer y mantener vivo lo que hemos visto en los mensajes anteriores a fin de que avancemos hacia el cumplimiento de la economía eterna de Dios.

DEBEMOS PERMITIR QUE LA PAZ DE CRISTO SEA EL ÁRBITRO EN NUESTROS CORAZONES

Debemos permitir que la paz de Cristo sea el árbitro en nuestros corazones (Col. 3:12-15; Ef. 2:14-18; Ro. 5:1; Mt. 18:21-35). Colosenses 3:12-15 dice:

Vestíos, pues, como escogidos de Dios, santos y amados,
de entrañas de compasión, de bondad, de humildad,

de mansedumbre, de longanimidad; soportándoos unos a otros, y perdonándoos unos a otros si alguno tiene queja contra otro. De la manera que el Señor os perdonó, así también hacedlo vosotros. Y sobre todas estas cosas vestíos de amor, que es el vínculo de la perfección. Y la paz de Cristo sea el árbitro en vuestros corazones, a la que asimismo fuisteis llamados en un solo Cuerpo; y sed agradecidos.

Para mantener la viveza de nuestras experiencias de Cristo, debemos permitir que la paz de Cristo sea el árbitro en nuestros corazones. Cristo mismo es nuestra paz (Ef. 2:14), y al abolir la ley de los mandamientos expresados en ordenanzas, Él ha creado en Sí mismo, de todos los creyentes, un solo y nuevo hombre, haciendo la paz (v. 15). Cristo, quien es nuestra paz, se halla en nosotros y entre nosotros; ahora debemos permitir que la maravillosa paz de Cristo nos arbitre, nos rija y nos gobierne. Cristo es nuestra Cabeza y nuestro Árbitro. Por un lado, esta persona maravillosa está en los cielos, y por otro, se halla en nuestro espíritu. Esta persona, quien posee las virtudes más elevadas y es nuestra vida y persona, está en nuestro espíritu, mas queremos que Él se extienda a nuestra alma a fin de transformarnos y hacer Su hogar en nuestros corazones. Por tanto, tenemos que cooperar con Él y dejarle actuar con plena libertad. La definición de dejar o permitir es proporcionar a alguien oportunidad, darle cabida y la libertad, o sea liberarlo de su confinamiento. A fin de que el Señor haga Su hogar en nosotros y gobierne cada parte de nuestro ser interior y de nuestra vida cotidiana, debemos permitir que la paz de Cristo sea el árbitro en nuestros corazones. Una de las experiencias más preciosas que podemos tener del Señor es disfrutarlo a Él como nuestra ofrenda de paz temprano en la mañana. Disfrutar a Cristo como la ofrenda de paz equivale a gustar de Aquel que es el Árbitro. Si al comienzo del día le experimentamos al abrirnos a Él y al disfrutarle, esto hará que estemos siempre dispuestos a cooperar con Él en el transcurso del día, y que Él tenga la manera de arbitrar en nuestros corazones.

La palabra griega traducida *sea el árbitro* puede traducirse también “juzgue, presida, sea entronizado como gobernador y como uno que toma todas las decisiones”; la paz de Cristo, que actúa como un árbitro en nuestros corazones, deshace las quejas que tengamos contra otros

La palabra griega traducida *sea el árbitro* puede traducirse también

“juzgue, presida, sea entronizado como gobernador y como uno que toma todas las decisiones”; la paz de Cristo, que actúa como un árbitro en nuestros corazones, deshace las quejas que tengamos contra otros. Colosenses 3:13 dice: “Soportándoos unos a otros, y perdonándoos unos a otros si alguno tiene queja contra otro. De la manera que el Señor os perdonó, así también hacedlo vosotros”. La nota 2 de este versículo dice: “El Señor que perdona es nuestra vida y vive dentro de nosotros; perdonar es una virtud de Su vida. Cuando lo tomemos como nuestra vida y persona, y vivamos por El, perdonar a otros será espontáneo y llegará a ser una virtud de nuestra vida cristiana”. Hay un Árbitro dentro de nosotros que desea que todas las quejas y problemas que tenemos con los demás sean resueltos a fin de que tengamos paz.

Muchas veces nos hemos percatado de que hay tres personas que operan en nuestro ser: una que se inclina por las cosas positivas, otra que se opone a estas cosas, y una tercera que toma una posición neutral; de ahí que necesitemos de un árbitro que resuelva las disputas que hay en nuestro interior

Muchas veces nos hemos percatado de que hay tres personas que operan en nuestro ser: una que se inclina por las cosas positivas, otra que se opone a estas cosas, y una tercera que toma una posición neutral; de ahí que necesitemos de un árbitro que resuelva las disputas que hay en nuestro interior. En el béisbol, cuando surge una disputa acerca de una jugada, un equipo puede decir una cosa, mientras que el otro dice lo contrario, y los espectadores se hallan confusos. Sin embargo, una vez que el árbitro toma una decisión en cuanto a la jugada, el problema queda resuelto y libre de confusión. De manera semejante, existen ciertas personas en nuestro interior que con frecuencia argumentan entre sí, pero una vez que habla nuestro maravilloso Árbitro, el problema queda resuelto y experimentamos paz.

Cada vez que sentimos que los diferentes contendientes en nosotros están argumentando o disputando, debemos permitir que la paz de Cristo presida sobre nuestro ser y que esta paz, que es la unidad del nuevo hombre, nos gobierne y sea quien tenga la última palabra

Cada vez que sentimos que los diferentes contendientes en nosotros

están argumentando o disputando, debemos permitir que la paz de Cristo presida sobre nuestro ser y que esta paz, que es la unidad del nuevo hombre, nos gobierne y sea quien tenga la última palabra. La paz de Cristo es la unidad del nuevo hombre, ya que en ella se expresa y se manifiesta la unidad que nosotros tenemos con el Señor y los unos con los otros. Cristo, el Árbitro que reside en nosotros, tiene sólo y únicamente una carga, a saber, la unidad. Ésta es la carga más profunda que el Señor siente en Su corazón y es también el atributo más elevado del Dios Triuno. Juan 17:21 dice: “Para que todos sean uno; como Tú, Padre, estás en Mí, y Yo en Ti, que también ellos estén en Nosotros; para que el mundo crea que Tú me enviaste”. La unidad es nuestro testimonio. Cristo, quien es nuestro Árbitro y nuestra paz, requiere un testimonio, y dicho testimonio es el testimonio de unidad. Por tanto, debemos permitir y dejar que la paz de Cristo sea el árbitro en nuestros corazones. Debemos darle cabida en nosotros para que presida y sea la autoridad.

En Apocalipsis 2:4 el Señor reprendió la iglesia en Éfeso por haber dejado su primer amor. El hecho de que el Señor sea nuestro primer amor tiene como meta que Él tenga el primer lugar en nosotros. Si deseamos asegurar que nuestro espíritu esté lleno de vitalidad en lo que respecta a la revelación objetiva concerniente a Cristo, a la experiencia subjetiva que tenemos de Él, al hecho de que Cristo sea nuestro único elemento constitutivo, y a la expresión corporativa de Cristo, necesitamos darle el primer lugar al Señor, quien preside sobre nuestro ser y arbitra en nuestros corazones.

***Debemos desechar nuestras opiniones,
nuestros conceptos, y escuchar lo que nos dice
el Árbitro que mora en nosotros***

Debemos desechar nuestras opiniones, nuestros conceptos, y escuchar lo que nos dice el Árbitro que mora en nosotros. Cristo es nuestro Árbitro. Muchas veces cuando surge cierto problema entre el esposo y la esposa, ninguno de los dos quiere admitir que existe tal problema; sin embargo, ambos pueden sentir la operación interna del Árbitro celestial, quien desea resolver el problema. Finalmente, cuando el esposo y la esposa se arrepienten y se piden perdón el uno al otro, entonces surge el perdón y el amor puede fluir.

***Si permitimos que la paz de Cristo arbitre en nuestros
corazones, esta paz resolverá todas las disputas entre nosotros;
podremos disfrutar de paz verticalmente, entre nosotros
y Dios, y horizontalmente, los unos con los otros***

Si permitimos que la paz de Cristo arbitre en nuestros corazones, esta paz resolverá todas las disputas entre nosotros; podremos disfrutar de paz verticalmente, entre nosotros y Dios, y horizontalmente, los unos con los otros. El mundo entero está tratando de resolver sus disputas, pero cuanto más lo intenta, más disputas hay. Damos gracias al Señor porque hay una persona que da fin a todas las disputas. La manera en que el Señor arbitra en nosotros es dar fin a todos los que están involucrados; de esta manera Él es el Árbitro, y todo queda aclarado.

Había una hermana que falleció cuando todavía era muy joven. En la reunión conmemorativa correspondiente como los santos tanto sus compañeros de trabajo testificaron que ella nunca permitió que ningún problema se interpusiera entre ella y los demás. Ella nunca dejaba sin resolver cualquier conflicto que surgiera entre ella y los demás. Era una persona que permitía que la paz de Cristo arbitrara en su corazón, y esto se manifestó en el hecho de que ella siempre se esforzaba por no dejar ninguna disputa sin resolver. Según nuestro sentir, esa hermana fue una vencedora.

***Mediante el arbitraje de la paz de Cristo, nuestros problemas
son resueltos y las fricciones entre los santos cesan; de este
modo, la vida de iglesia será guardada en dulce armonía,
y el nuevo hombre será protegido de una manera práctica***

Mediante el arbitraje de la paz de Cristo, nuestros problemas son resueltos y las fricciones entre los santos cesan; de este modo, la vida de iglesia será guardada en dulce armonía, y el nuevo hombre será protegido de una manera práctica. Sólo y cuando Cristo es el todo y en todos, se mantiene la unidad.

***La paz de Cristo que arbitra en nuestros corazones es Cristo
mismo que opera en nosotros para gobernarnos, para ser quien
tiene la última palabra y para tomar la decisión final***

La paz de Cristo que arbitra en nuestros corazones es Cristo mismo que opera en nosotros para gobernarnos, para ser quien tiene la última palabra y para tomar la decisión final. Isaías 9:6-7a dice: “Porque un

niño nos es nacido, / Hijo nos es dado, / Y el principado / Sobre Su hombro; / Y se llamará Su nombre / Admirable, Consejero, / Dios fuerte, / Padre eterno, / Príncipe de paz. / Lo dilatado de Su imperio / Y la paz no tendrán límite”. Puesto que el principado está sobre los hombros de Cristo, podemos decir que Cristo no sólo es el Príncipe de paz, sino también el gobernador. En la nota 1 del versículo 7 de la Versión Recobro del Antiguo Testamento [en inglés] leemos: “Desde la época, en Génesis 11, cuando el hombre abandonó a Dios, su Gobernador, y se designaron a ellos mismos como gobernadores, el asunto del principado, o gobierno, ha sido un gran problema para el hombre. Pero cuando venga la restauración (Hch. 3:21), Cristo será el único Gobernador, y el gobierno del Dios Triuno estará sobre Sus hombros (v. 6). Este gobierno crecerá y llenará cada rincón de la tierra (Sal. 72:8; Zac. 9:10b; véase la nota 35³ de Dn. 2), haciendo así que la tierra esté llena de paz (cfr. 2:4; 11:6-9)”. Debemos permitir que este Gobernador, quien reside en nuestro espíritu, nos gobierne.

Si nos dejamos regir por la paz de Cristo que ha sido entronizada en nuestro ser, no ofenderemos a otros ni les causaremos daño; antes bien, por la gracia del Señor y con Su paz, ministraremos la vida divina a los demás

Si nos dejamos regir por la paz de Cristo que ha sido entronizada en nuestro ser, no ofenderemos a otros ni les causaremos daño; antes bien, por la gracia del Señor y con Su paz, ministraremos la vida divina a los demás. Filipenses 4:5 dice: “Sea conocido de todos los hombres lo comprensivos que sois”. Ser comprensivos es una virtud todo-inclusiva. Una persona comprensiva es una persona de mucha benevolencia y que puede estar con cualquier persona. Únicamente al permitir que la paz de Cristo sea el árbitro en nuestros corazones, podemos ser tales personas.

Esta paz debe unir a todos los creyentes y llegar a ser el vínculo de la paz

Esta paz debe unir a todos los creyentes y llegar a ser el vínculo de la paz. Efesios 4:3 dice: “Diligentes en guardar la unidad del Espíritu en el vínculo de la paz”. La paz de Cristo es la unidad del Espíritu; preocuparnos por la paz de Cristo equivale a preocuparnos por la unidad del Espíritu. Además, la unidad del Espíritu es la unidad del Dios Triuno, la cual es la unidad del Cuerpo de Cristo. Por tanto, esta paz debe

unirnos y convertirse en nuestro vínculo de unidad. Así como las barras unían las tablas del tabernáculo, la paz de Cristo debe unirnos en unanimidad a fin de ser el testimonio que el Señor tiene con respecto al nuevo hombre. Una de las mejores maneras de ser diligentes en guardar la unidad es rehusarnos a argumentar. Debemos procurar ser personas diligentes, emprendedores y dispuestos siempre a guardar a este maravilloso Cristo, quien es el Espíritu vivificante que mora en nuestro espíritu, como nuestra unidad. Colosenses 3:15 dice: “Y la paz de Cristo sea el árbitro en vuestros corazones, a la que asimismo fuisteis llamados en un solo Cuerpo; y sed agradecidos”. Estas tres expresiones —*la paz de Cristo, un solo Cuerpo y sed agradecidos*— están relacionadas entre sí.

DEBEMOS PERMITIR QUE LA PALABRA DE CRISTO MORE RICAMENTE EN NOSOTROS

Debemos permitir que la palabra de Cristo more ricamente en nosotros. Colosenses 3:16-17 dice: “La palabra de Cristo more ricamente en vosotros en toda sabiduría, enseñándoos y exhortándoos unos a otros con salmos e himnos y cánticos espirituales, cantando con gracia en vuestros corazones a Dios. Y todo lo que hacéis, sea de palabra o de hecho, hacedlo todo en el nombre del Señor Jesús, dando gracias a Dios Padre por medio de El”. Si hemos de cooperar con el Señor, mantenernos llenos de vitalidad con respecto a la revelación, el disfrute y la constitución intrínseca de Su expresión corporativa, y preparar la novia, el Cuerpo y el nuevo hombre a fin de que Él retorne, debemos primeramente permitir que la paz de Cristo sea el árbitro en nuestros corazones, y luego también debemos dejar que la palabra de Cristo more ricamente en nosotros. Cuando yo estaba con el hermano Witness Lee, el simple hecho de estar con él y observarlo, me ayudó a amar la palabra. Estar con los santos y estar en las reuniones también me ha ayudado a amar la palabra de Cristo. Satanás, el enemigo, desea que amemos otras miles de cosas, pero nosotros queremos ser personas que aman la palabra de Cristo y permiten que dicha palabra more ricamente en nosotros.

**Quando la paz de Cristo arbitra en nosotros
y nos guarda en perfecta unidad y armonía, nos convertimos
en el lugar donde Dios habla, Su oráculo**

Quando la paz de Cristo arbitra en nosotros y nos guarda en

perfecta unidad y armonía, nos convertimos en el lugar donde Dios habla, Su oráculo. Colosenses 3:15-16 nos muestra que cuando permitimos que la paz de Cristo sea el árbitro en nuestros corazones y cuando tenemos la unidad, la palabra de Cristo mora ricamente en nosotros, es decir, Cristo nos satura consigo mismo como la palabra viva. Donde hay unidad, se encuentra la palabra de Cristo y la proclamación de la palabra. Cuanto más unidad hay, más Dios nos habla. Ésta es la razón por la cual en Levítico 1:1 Dios habló a Moisés desde la tienda de reunión. La unidad de la morada de Dios constituye la base sobre la cual Dios puede hablarnos. Apocalipsis 2:1 nos muestra que Aquel que habla a las iglesias es “el que tiene las siete estrellas en Su diestra, el que anda en medio de los siete candeleros de oro”, y el versículo 7 dice: “El que tiene oído, oiga lo que el Espíritu dice a las iglesias”. El Señor como Espíritu ha estado hablando a las iglesias en Su recobro porque en éste se halla una reunión que guarda la unidad. La carga del Señor consiste en perfeccionar nuestra unidad aún más para que Él pueda continuar hablando como desee y para que seamos constituidos de Él para ser el Cuerpo, la novia y el nuevo hombre, a fin de propiciar Su regreso.

Una vez el hermano Lee le preguntó al hermano Watchman Nee acerca de la razón por la cual la Palabra de Dios estaba tan abierta para los que estaban en el recobro del Señor. A esto el hermano Nee respondió diciendo que se debía a que ellos habían tomado el camino de la iglesia. En otras palabras, la Palabra nos ha sido abierta porque hemos tomado el camino de la unidad. Donde se tiene la unidad, allí se halla la palabra de Dios. Donde se encuentra al arbitraje de la paz de Cristo, allí está la unidad y allí la palabra de Cristo está morando ricamente en aquellos que reciben la palabra.

***La unidad es un requisito indispensable
para que Dios nos hable; la división hace que
la palabra de Dios escasee, e incluso que cese por completo***

La unidad es un requisito indispensable para que Dios nos hable; la división hace que la palabra de Dios escasee, e incluso que cese por completo (Lv. 1:1). Todo gira en torno a nuestra unidad. Debemos dar gracias al Señor por la misericordia y la gracia que ha tenido para con nosotros al continuar hablándonos después de que el hermano Lee partió. En cada una de las siete fiestas anuales, las cuales el hermano Lee nos dijo que siguiéramos haciendo, el Señor nos ha estado

hablando. Mediante estas fiestas, el Señor ha guardado Su recobro en unidad. De hecho, la unidad en el recobro del Señor se está fortaleciendo, debido a que el Señor desea regresar.

***Ya que la unidad es un requisito indispensable
para que Dios nos hable,
debemos permitir que la paz de Cristo
arbitre en nuestros corazones***

Ya que la unidad es un requisito indispensable para que Dios nos hable, debemos permitir que la paz de Cristo arbitre en nuestros corazones (Col. 3:15). Necesitamos dejar que Cristo arbitre en nuestros corazones, esto es, debemos darle cabida en nuestro ser y liberarlo de los confines de nuestro espíritu. Cada mañana debemos darle más cabida en nuestro ser a este Cristo maravilloso, quien es la palabra viva corporificada en la Palabra escrita. *La Palabra santa para el avivamiento matutino* nos ayuda a entrar en la Palabra y permitir que la palabra de Cristo more ricamente en nosotros. Si dedicamos tiempo para leer la Biblia y para leer las publicaciones del ministerio, seremos radicalmente cambiados, debido a que la palabra de Cristo morará ricamente en nosotros.

***El hecho de que la palabra de Cristo more ricamente
en nosotros significa que ella tiene suficiente cabida
en nosotros, de modo que empapa y satura todo nuestro ser;
es crucial que permitamos que la palabra de Cristo entre
en nosotros, more en nosotros, prevalezca en nosotros
y reemplace todos nuestros conceptos, opiniones y filosofías***

El hecho de que la palabra de Cristo more ricamente en nosotros significa que ella tiene suficiente cabida en nosotros, de modo que empapa y satura todo nuestro ser; es crucial que permitamos que la palabra de Cristo entre en nosotros, more en nosotros, prevalezca en nosotros y reemplace todos nuestros conceptos, opiniones y filosofías (cfr. Ap. 21:23; 22:5). Salmos 119:130 dice: “La exposición de Tus palabras alumbrará; / Hace entender a los simples”. Por tanto, queremos darle pleno acceso a la palabra de Cristo en nuestro ser y permitir que ella more en nosotros y prevalezca sobre nuestra cultura así como sobre todos nuestros pensamientos, ordenanzas y cualquier otra cosa, hasta reemplazarlo todo a fin de que Él pueda ser la única persona del nuevo hombre.

**Debemos dar a la palabra del Señor el primer lugar,
a fin de poder experimentar las diferentes funciones
que tiene la palabra de Dios mientras ésta opera en nosotros
y ministra las riquezas de Cristo a nuestro ser**

Debemos dar a la palabra del Señor el primer lugar, a fin de poder experimentar las diferentes funciones que tiene la palabra de Dios mientras ésta opera en nosotros y ministra las riquezas de Cristo a nuestro ser (Col. 3:16). Apocalipsis 2:4 dice: “Pero tengo contra ti que has dejado tu primer amor”. Necesitamos que Cristo sea nuestro primer amor, lo cual significa que le demos a Él el primer lugar en nuestro ser. El Cristo todo-inclusivo, extenso y preeminente, la centralidad y la universalidad de la economía de Dios, es ahora el Espíritu todo-inclusivo, compuesto y vivificante que mora en nuestro espíritu y que es la palabra viva y la Palabra escrita. Necesitamos alimentarnos de este Cristo a fin de ser saturados, impregnados y empapados de Él hasta llegar a ser Él en nuestra constitución con miras a ser Su expresión. Por esta razón, necesitamos permitir que la palabra del Señor ocupe el primer lugar en nosotros. En Juan 8:37 el Señor les dijo a los religiosos: “Pero procuráis matarme, porque Mi palabra no halla cabida en vosotros”. Si uno aborrece a cierta persona, no presta atención a sus palabras. Pero la manera en que amamos a Cristo es permitir que Su palabra more ricamente en nosotros en toda sabiduría, enseñándonos y exhortándonos unos a otros con salmos e himnos y cánticos espirituales, cantando con gracia en nuestros corazones al Señor (Col. 3:16).

La palabra de Dios nos alumbra, nos nutre y sacia nuestra sed

La palabra de Dios nos alumbra (Sal. 119:105, 130), nos nutre (Mt. 4:4; 1 Ti. 4:6) y sacia nuestra sed (Is. 55:1, 8-11). La palabra tiene muchas funciones maravillosas. Salmos 119:105 dice: “Lámpara es a mis pies Tu palabra, / Y lumbrera a mi camino” y el versículo 130 dice: “La exposición de Tus palabras alumbra; / Hace entender a los simples”. Por tanto, la palabra nos alumbra. Si no permitimos que la palabra de Cristo more en nosotros, permaneceremos en tinieblas. Si al despertarnos en la mañana lo primero que hacemos es escuchar la radio, leer el periódico o llamar a alguien, estaremos en tinieblas durante ese día. Debemos permitir que la palabra de Cristo more en nosotros. Siempre se halla mucha bendición en el lugar donde los

hermanos encargados tomen la delantera para orar y profundizar en la Palabra. Cuando acudimos a la Palabra, el Señor puede alumbrarnos. De lo contrario, permaneceremos en nuestras propias tinieblas, pidiendo bienes para nosotros mismos, los cuales no edifican el Cuerpo de Cristo. Que el Señor tenga misericordia de nosotros a fin de que seamos alumbrados por la palabra.

La palabra también nos nutre. En Mateo 4:4 el Señor dijo: “Escrito está: ‘No sólo de pan vivirá el hombre, sino de toda palabra que sale de la boca de Dios’”. La primera vez que escuché acerca de orar-leer, mi esposa y yo, y una pareja recientemente salva, decidimos ponerlo en práctica. Abrimos la Biblia de manera sencilla, y los versículos que encontramos fueron Proverbios 30:24-28, en cuyo pasaje no hablaba más que de hormigas, tejones, langostas y lagartijas. Posiblemente algunos piensen que, para orar-leer, esos versículos no son muy apropiados, pero nosotros simplemente empezamos a orar-leer, diciendo: “Oh, hay cuatro cosas pequeñas en la tierra. Amén. Cosas pequeñas en la tierra. Amén. Ellas son sumamente sabias. Gracias Señor, son sumamente sabias”. Al comerlos así, cada una de estas cosas mencionadas en esos versículos se convirtieron en Cristo. Sonreíamos y nos regocijábamos porque estábamos llenos del Señor.

Además, la palabra nos riega y sacia nuestra sed. Isaías 55:1a dice: “A todos los sedientos: Venid a las aguas”. Luego los versículos del 8 al 11 dicen que Su palabra es como lluvia y nieve para dar crecimiento y llevar fruto. Estos versículos también nos muestran que así como los cielos son más altos que la tierra, los pensamientos del Señor y Sus caminos no son como los nuestros. Por tanto, necesitamos desfrutarlo a Él en Su Palabra para adquirir Sus pensamientos y Sus caminos.

La palabra de Dios nos fortalece, nos lava y nos edifica

La palabra de Dios nos fortalece (1 Jn. 2:14b; Pr. 4:20-22), nos lava (Ef. 5:26) y nos edifica (Hch. 20:32). En 1 Juan 2:14b leemos: “Os he escrito a vosotros, jóvenes, porque sois fuertes, y la palabra de Dios permanece en vosotros, y habéis vencido al maligno”. Si bien en nosotros mismos no podemos vencer al maligno, en nuestro espíritu tenemos al Vencedor, y este Vencedor se halla corporificado en la palabra. Debemos disfrutar al Vencedor, y a medida que le disfrutamos, Él nos fortalece y hace que también seamos vencedores. Debemos disfrutar a este Vencedor único, quien es Cristo mismo como la palabra viviente en la Palabra escrita.

Efesios 5:26 dice: “Para santificarla, purificándola por el lavamiento del agua en la palabra”. La palabra nos lava, nos santifica, y nos “Cristifica”, impartiéndonos más del Señor en nuestro ser. La sangre nos lava de nuestros pecados, pero hay en nosotros pequeñas heridas y otros elementos impuros que adquirimos a través de nuestra vida cotidiana y de las relaciones que tenemos con la gente. La sangre no nos limpia de estas impurezas, sino el agua en la palabra. El versículo 27 dice: “A fin de presentársela a Sí mismo, una iglesia gloriosa, que no tuviese mancha ni arruga ni cosa semejante, sino que fuese santa y sin defecto”. La nota 4 de este versículo dice: “La mancha aquí representa algo de la vida natural, y las arrugas están relacionadas con la vejez”. Todos hemos pasado por experiencias que nos han herido, y todos tenemos “arrugas”, lo cual muestra que nosotros carecemos de lozanía y vigor. Por tanto, todos necesitamos el lavamiento del agua en la palabra.

Además, la palabra nos edifica. Hechos 20:32 nos dice: “Y ahora os encomiendo a Dios, y a la palabra de Su gracia, que tiene poder para sobreedificaros y daros herencia entre todos los que han sido santificados”. Agradecemos al Señor por Su gracia, la cual es Él mismo como nuestro maravilloso suministrador, que nos edifica al forjarse en nosotros como vida y como nuestro todo.

***La palabra de Dios nos perfecciona,
nos hace completos y nos edifica al santificarnos***

La palabra de Dios nos perfecciona, nos hace completos (2 Ti. 3:15-17) y nos edifica al santificarnos (Jn. 17:17). En 2 Timoteo 3:16-17 leemos: “Toda la Escritura es dada por el aliento de Dios, y útil para enseñar, para redargüir, para corregir, para instruir en justicia, a fin de que el hombre de Dios sea cabal, enteramente equipado para toda buena obra”. No es necesario sentir ni imaginar nada, ya que al dedicar tiempo para profundizar en la Palabra, somos perfeccionados, hechos completos y edificados. Así, poco a poco somos llenos de Cristo, y Él llega a forjarse cabalmente en nuestro ser. Además, también somos santificados, o sea, “Cristificados”, lo cual hace que seamos separados del mundo al ser saturados de Cristo. Estamos siendo “Cristificados” mediante el disfrute que tenemos del Señor en la palabra. ¡Cuán maravillosas son las funciones de la palabra! Todos los días y continuamente vemos que todas estas funciones están operando en

nuestro ser cuando dejamos que la palabra de Cristo more ricamente en nosotros.

***Al permitir que la palabra de Dios more en nosotros,
podremos llegar a ser seres humanos apropiados,
Dios-hombres llenos de Cristo,
quien es la realidad de los atributos de Dios***

Al permitir que la palabra de Dios more en nosotros, podremos llegar a ser seres humanos apropiados, Dios-hombres llenos de Cristo, quien es la realidad de los atributos de Dios (Col. 3:16-25; Fil. 4:5-8). Colosenses 3:16-25 y en Filipenses 4:5-8 hacen mención de estos atributos. El primero de los atributos que se menciona en el capítulo cuatro de Filipenses es el de ser comprensivos, lo cual es un atributo todo-inclusivo (v. 5). Luego, el versículo 8 concluye diciendo: “Por lo demás, hermanos, todo lo que es verdadero, todo lo honorable, todo lo justo, todo lo puro, todo lo amable, todo lo que es de buen nombre; si hay virtud alguna, si alguna alabanza, a esto estad atentos”. Esto significa que al disfrutar a Cristo, participamos de la humanidad de Jesús, nuestra humanidad es elevada, y podemos llevar una vida que es propia del Dios-hombre. De esta manera, Cristo es expresado en nuestra humanidad y a través de ella. Dejamos de vivir por nuestra propia vida y vivimos por Su vida al alimentarnos de Él en la Palabra.

Juan 17:17 dice: “Santificalos en la verdad; Tu palabra es verdad”. Debemos permanecer en la palabra y permitir que ella permanezca en nosotros a fin de que seamos santificados. Luego, en los versículos del 21 al 23 vemos que la expresión consumada de nuestra santificación es la unidad que tenemos con el Señor y la unidad que tenemos los unos con los otros. Debemos orar diciéndole: “Señor, santifícanos mediante la verdad”.

Finalmente, debemos permitir que la palabra de Cristo more ricamente en nosotros hasta el grado de que estemos llenos de regocijo. La nota 1 del versículo 16 de Colosenses 3 dice: “Una vida normal cristiana debe ser una vida llena de la palabra, para que el Espíritu rebose de alabanzas y melodías de loor desde lo profundo de los creyentes”. No hay nada en nuestro ser que nos pueda hacer rebosar, pero si permitimos que la palabra de Cristo more ricamente en nosotros, esto resultará en que rebosemos y cantemos. En los mensajes del *Estudio-vida de Filipenses*, el Espíritu condujo al hermano Lee a que diera varios mensajes, basados en el libro de Colosenses, en cuanto a cantar y

salmodiar la palabra a fin de que la palabra de Cristo more ricamente en nosotros (*Estudio-vida de Filipenses*, mensajes 37—42). Cuanto más permitamos que la palabra de Cristo more ricamente en nosotros, más regocijo habrá en nosotros. Siempre que permitamos que la palabra de Cristo more ricamente en nosotros, sentiremos gozo en nosotros. En el libro *La experiencia y el crecimiento en vida*, el hermano Lee dijo: “Puedo testificar que no hay nada en esta tierra que pueda frustrar a alguien que disfruta a Cristo” (pág. 79). Debemos permitir que la palabra de Cristo more ricamente en nosotros.

DEBEMOS PERSEVERAR EN LA ORACIÓN

Debemos perseverar en la oración (Col. 4:2-4). Colosenses 4:2 dice: “Perseverad en la oración, velando en ella con acción de gracias”. Perseverar en la oración es la clave a todo lo que se nos revela en Colosenses. La oración es extremadamente crucial; sin ella nada se cumplirá. En los mensajes del *Estudio-vida de Éxodo*, mientras el hermano Lee describía los artículos del mobiliario del tabernáculo, el Señor realmente habló una palabra acerca del altar del incienso (*Estudio-vida de Éxodo*, mensajes 147—152). El altar del incienso tipifica al Cristo que intercede y a la iglesia que intercede. Cristo ahora está en Su ministerio celestial y está transmitiéndose a nuestro espíritu. Nosotros estamos llevando una vida en unión con Él, y Él es nuestra vida. La obra principal que Cristo está realizando en Su ministerio celestial es la de intercesión. No sólo esto, Él necesita que alguien le corresponda y sea absolutamente uno con Él en la oración. Él es el Cristo que intercede, y nosotros debemos ser la iglesia que intercede. Si bien es verdad que Cristo es Aquel que está intercediendo, ministrando y administrando, Él anhela que seamos uno con Él. En nuestra experiencia, día tras día y en todo momento mientras vivimos en unión con Él tomándole como nuestra vida y nuestra persona en nuestro espíritu, el aspecto principal que debemos experimentar con respecto a Cristo y Su ministerio celestial, es unirnos a este Cristo que intercede y que ora.

En el *Estudio-vida de Éxodo*, el hermano Lee nos dice que la intercesión que se lleva a cabo por medio de la oración es el motor que hace que todo funcione (mensaje 148). Incluso el hermano Lee usó la palabra *motivador* (pág. 1561). Para hacer cualquier cosa, necesitamos cierto grado de motivación. La razón por la cual nosotros somos motivados, o “motorizados”, a recibir la salvación y avanzar en nuestra vida cristiana es que alguien está orando por nosotros. Una vez,

encontrándome con un jugador de fútbol americano en un campo universitario, le dije: “Me percaté de que usted tiene un corazón blando hacia el Señor”. Él me respondió: “¿De verdad?” Proseguí diciendo: “Eso quiere decir que alguien está orando por usted”, a lo cual me respondió: “¡Oh, sí. Mi abuela!”. La oración de su abuela estaba abriendo su ser al Señor.

El énfasis que quiero dar aquí es que perseverar en la oración es sumamente trascendental. Si deseamos conocer al Cristo todo-inclusivo y disfrutarle, experimentarle como la realidad de todas las cosas positivas, tomar medidas con respecto a nuestro individualismo y toda las cosas negativas, y ser reemplazado por Él como nuestra persona única, la clave está en perseverar en la oración.

Debemos dedicar suficiente tiempo a la oración, lo cual nos permitirá absorber más de las riquezas de Cristo, la tierra todo-inclusiva

Debemos dedicar suficiente tiempo a la oración, lo cual nos permitirá absorber más de las riquezas de Cristo, la tierra todo-inclusiva (1:12; 2:6-7; 4:2). Colosenses 1:12 dice: “Dando gracias al Padre que os hizo apto para participar de la porción de los santos en la luz”. El Cristo todo-inclusivo es nuestra porción. Colosenses 2:6-7 dice: “Por tanto, de la manera que habéis recibido al Cristo, a Jesús el Señor, andad en El; arraigados y sobreedificados en El, y confirmados en la fe, así como habéis sido enseñados, abundando en acciones de gracias”. Estos versículos nos revelan que Cristo es la tierra en la cual andamos y hemos sido arraigados. Luego, en 4:2 se nos dice: “Perseverad en la oración, velando en ella con acción de gracias”. Por tanto, la clave para no perecer en esta tierra y, en lugar de ello, poseerla, avanzar en ella y absorber todas sus riquezas, es perseverar en la oración. Orar no consiste principalmente en pedir por cosas, sino que el énfasis principal radica en absorber las riquezas del Señor. En *Lecciones de Vida*, el hermano Lee dice que el verdadero significado de la oración es hacer contacto con Dios en nuestro espíritu y absorber a Dios mismo (pág. 25).

Todos los días, nuestra necesidad primordial en la oración es la de absorber al Señor en Su palabra. Si hacemos esto, esto afectará nuestra oración. Si nos preocupamos por la unidad al permitir que la paz de Cristo sea el árbitro en nuestros corazones y al ser llenos de la palabra, esto verdaderamente afectará nuestra oración. Si permanecemos en la palabra y pasamos suficiente tiempo con el Señor, verdaderamente

percibiremos el sentir del Señor y podremos ser uno con Él. Pero si hemos de permitir que la paz de Cristo arbitre en nuestros corazones y que la palabra more en nosotros, debemos perseverar en la oración. Perseverar en la oración es de suma importancia.

***Debemos dedicar tiempo a absorber al Señor,
teniendo contacto con Él
de una manera definida y prevaleciente***

Debemos dedicar tiempo a absorber al Señor, teniendo contacto con Él de una manera definida y prevaleciente (Lc. 8:13; Mt. 14:22-23; 6:6). Lucas 8:13 nos dice: “Los de sobre la piedra son los que cuando oyen, reciben la palabra con gozo; pero éstos no tienen raíces; creen por algún tiempo, y en el tiempo de la prueba se retiran”. El suelo o la tierra en nuestros corazones no debe llenarse de rocas, sino de raíces. Tenemos que orar de manera prevaleciente a fin de que seamos arraigados en Cristo como la tierra toda-inclusiva. Debemos dedicar tiempo a esto. En muchas ocasiones, el Señor Jesús mandaba a las multitudes que se fueran para poder Él estar con el Padre en privado, disfrutando al Padre en oración. Como hombre, Él necesitaba a Dios. Siempre dependía de Dios, al llevar la vida del Dios-hombre por medio de la oración.

***Reunirnos con Dios por la mañana
no sólo significa reunirnos con Él temprano,
sino también reunirnos con Él en un ambiente lleno de luz;
debemos acudir a Dios a solas, sin que ninguna persona,
asunto o cosa nos distraiga u ocupe nuestra atención***

Reunirnos con Dios por la mañana no sólo significa reunirnos con Él temprano, sino también reunirnos con Él en un ambiente lleno de luz; debemos acudir a Dios a solas, sin que ninguna persona, asunto o cosa nos distraiga u ocupe nuestra atención (Pr. 4:18; Ex. 33:11a; 34:3-4; Mr. 1:35). Proverbios 4:18 dice: “Mas la senda de los justos es como la luz de la aurora, / Cuyo brillo va creciendo hasta el pleno día”. Debemos reunirnos con Dios no sólo temprano en la mañana, sino también en un ambiente lleno de luz. Esto quiere decir que cuando acudimos a la Palabra, tenemos que dedicar tiempo para absorber al Señor a fin de estar en un ambiente lleno de vida y lleno de luz. Con esto dejamos que el Señor y la palabra tengan la oportunidad de operar en nosotros. Éxodo 33:11a dice: “Y hablaba Jehová a Moisés cara a cara,

como habla cualquiera a su compañero”. Necesitamos tener esta experiencia, no en el sentido físico, sino espiritual. Al estar cara a cara con el Señor, podemos alimentarnos de las palabras que proceden de Su boca y vivir por ellas. Hay varios versículos que nos dicen que debemos acudir al Señor a solas, sin que ninguna persona, asunto o cosa nos distraiga. Muchas veces, no sólo nos distraen las facturas que tenemos, el teléfono, las mascotas que tenemos en nuestros hogares, sino que incluso las cosas agradables que nos gustan nos distraen, impidiendo así que el Señor nos conduzca a un ambiente lleno de luz.

***Cuando oramos, es decir,
cuando nos acercamos al trono de la gracia,
la gracia se convierte en un río
que fluye en nosotros y nos abastece***

Cuando oramos, es decir, cuando nos acercamos al trono de la gracia, la gracia se convierte en un río que fluye en nosotros y nos abastece (He. 4:16; cfr. Ap. 22:1). Recibir la gracia es más importante que recibir del Señor una respuesta a nuestras oraciones. Filipenses 4:6-7 dice: “Por nada estéis afanosos, sino en toda ocasión sean conocidas vuestras peticiones delante de Dios por medio de oración y súplica, con acción de gracia. Y la paz de Dios, que sobrepasa todo entendimiento, guardará vuestros corazones y vuestros pensamientos en Cristo Jesús”. Cada vez que oramos con un espíritu ejercitado, recibimos la respuesta aun antes de recibirla, o sea, antes de que obtengamos una confirmación externa a nuestras oraciones, recibimos más de Cristo, más gracia. Esta provisión nos capacita para ser uno con el Señor por el bien de Su testimonio.

***Si hemos de luchar en favor de Dios y en contra de Satanás,
necesitamos perseverar en la oración***

Si hemos de luchar en favor de Dios y en contra de Satanás, necesitamos perseverar en la oración (Dn. 6:10). Al igual que los hijos de Israel, quienes combatieron para entrar a Canaán, nosotros tenemos hoy ante nosotros una batalla que librar a fin de ganar más del Cristo todo-inclusivo. Satanás no quiere que poseamos esta buena tierra; por lo cual, hará todo lo que sea para distraernos, incluso usando cosas buenas para sustituir y reemplazar al Señor en nuestra vida cotidiana. Tenemos que proclamar: “¡Aleluya, Cristo es victorioso! Satanás está en el lago de fuego”, y perseverar en la oración. En Daniel 6 vemos que el

rey Darío de Babilonia, instigado por unas personas malignas, firmó un nuevo edicto en donde se le prohibía a Daniel que orara. Esto significa que Satanás no quiere que oremos. Estamos en el recobro del Señor con la finalidad de que oremos. Orar equivale a ser uno con Cristo en Su ministerio celestial. Ante todo, Cristo, en Su ministerio celestial, está orando, y necesita nuestra cooperación. Por un lado, estamos en una gran lucha; por otro, es un gran gozo poder dedicar tiempo para estar con Él y llegar a ser uno con Él mediante la oración.

Los que tomamos partido en favor de Dios hemos comprobado que todo el universo caído se opone a nosotros y, en particular, a que oremos; la resistencia a la oración no sólo se encuentra fuera de nosotros, sino también dentro de nosotros

Los que tomamos partido en favor de Dios hemos comprobado que todo el universo caído se opone a nosotros y, en particular, a que oremos; la resistencia a la oración no sólo se encuentra fuera de nosotros, sino también dentro de nosotros. Mateo 26:41 dice: “Velad y orad, para que no entréis en tentación; el espíritu está dispuesto, pero la carne es débil”. Por un lado, debemos orar para que el Padre nos fortalezca en el hombre interior, pero por otro, constantemente tenemos que ejercitarnos a fin de ser fortalecidos interiormente.

Orar significa ir en contra de la corriente, la tendencia, del universo caído

Orar significa ir en contra de la corriente, la tendencia, del universo caído (Lc. 18:1-8). En Lucas 18 vemos el ejemplo de lo que es la oración persistente. Los versículos del 1 al 8 nos narran de una viuda que una y otra vez acudía a un juez injusto para que éste le hiciera justicia, hasta que finalmente el juez dijo: “Sin embargo, porque esta viuda me es molesta, le haré justicia, no sea que viniendo continuo, me agote” (v. 5). El capítulo dieciocho concluye con la historia de un hombre gentil que era ciego y clamaba: “Jesús, Hijo de David” (vs. 38). Cuando algunos trataron de callarle, “él clamaba mucho más: ¡Hijo de David, ten misericordia de mí!” (vs. 39). Los versículos del 40 al 42 añaden: “Jesús entonces, deteniéndose, mandó traerle a Su presencia; y cuando llegó, le preguntó: ¿Qué quieres que te haga? Y él dijo: Señor, que reciba la vista. Jesús le dijo: Recíbela, tu fe te ha sanado”. Esto nos muestra que el Señor anhela que seamos persistentes para con Él, es decir, le gusta que le molestemos. Entre estas dos historias en Lucas 18, se narra

también de otros que trajeron a la presencia del Señor niños recién nacidos. Si bien los discípulos quisieron impedirlos, el Señor dijo: “Dejad a los niños venir a Mí, y no se lo impidáis; porque de los tales es el reino de Dios”. (v. 16). El Señor anhela que perseveremos en la oración al igual que los niños, quienes son muy cariñosos con Él. En esto consiste la perseverancia en la oración.

Debemos dedicar tiempos específicos para orar; debemos considerar la oración como la actividad más importante y no debemos permitir que nada interfiera con ella

Debemos dedicar tiempos específicos para orar; debemos considerar la oración como la actividad más importante y no debemos permitir que nada interfiera con ella (Dn. 6:10; Hch. 12:5, 12). Hechos 12:5 dice: “Así que Pedro estaba custodiado en la cárcel; pero la iglesia hacía ferviente oración a Dios por él”. En diciembre de 1962, el hermano Lee y algunos otros hermanos solían reunirse todas las mañanas para orar al Señor y pedirle que hiciera volver personas a Su recobro en los Estados Unidos. En ese mes, mi esposa, quien vivía en una pequeña ciudad en Wyoming, recibió al Señor. Más tarde, nos conocimos y con el tiempo entramos al recobro del Señor. Nosotros estamos en el recobro como resultado de aquellas oraciones. A principios de 1980, algunos hermanos comenzaron a orar por Rusia, y a raíz de ello, el Señor comenzó a obrar allí. Asimismo, en los comienzos de la iglesia en Los Ángeles, teníamos la carga de que nos expandiéramos a un segundo local de reunión en una nueva área. En cierta reunión, oramos según Ezequiel 37 que el Señor sacudiera la tierra, aunque no en el sentido físico; sin embargo, unos días después, hubo un terremoto que nos proporcionó la oportunidad de mudarnos a esa área porque el precio de las propiedades inmobiliaria de esa área descendió. Además, después del terremoto, la gente estaba mucho más abierta hacia el evangelio. Cuando las cosas comienzan a sacudirse, la gente se despierta y dice: “Necesito al Señor”.

Debemos ejercitar continuamente nuestro espíritu, a fin de mantenernos en un ámbito de oración

Debemos ejercitar continuamente nuestro espíritu, a fin de mantenernos en un ámbito de oración (Ef. 6:18; 1 Ti. 4:7; 2 Ti. 1:7; Col. 1:3, 9). Efesios 6:18 nos dice: “Orando en todo tiempo en el espíritu”, y

1 Timoteo 4:7: “Ejercítate para la piedad”. Aquí la palabra griega traducida *ejercítate* es la raíz de la palabra gimnasio en inglés. En 2 Timoteo 1:7 leemos: “Porque no nos ha dado Dios espíritu de cobardía, sino de poder, de amor y de cordura”. Él nos ha dado un espíritu fuerte, pero nosotros debemos ejercitarlo. Gracias al Señor que podemos orar en espíritu.

Debemos orar sin cesar, perseverar en la oración y, de este modo, mantener una unión íntima con el Señor

Debemos orar sin cesar, perseverar en la oración y, de este modo, mantener una unión íntima con el Señor (1 Ts. 5:17; Mt. 26:41; Col. 2:19). En 1 Tesalonicenses 5:17 se dice: “Orad sin cesar”, mientras que Colosenses 2:19 dice que nos asgamos de Cristo, quien es la Cabeza. La manera de asirnos de Cristo, de la Cabeza, es orar sin cesar al absorber a Cristo junto con todas Sus riquezas, al identificarnos con el anhelo y el sentir que Él tiene hacia los miembros de Su Cuerpo, y al preocuparnos por Su obra en la tierra. A nosotros no solamente nos interesa los creyentes, sino también todas las iglesias locales, al orar sin cesar y con persistencia, y al asirnos de la Cabeza. Debemos permanecer en un ámbito de oración y en un espíritu de oración. Una vez que hayamos concluido con este estudio de cristalización de Colosenses, la manera en que podemos cooperar con el Señor consistirá en permanecer en un espíritu de oración. Debemos orar sin cesar, tener comunión con el Señor y absorberlo a Él, y, de este modo, llevar a la práctica y permanecer en una unión íntima con el Señor.

Debemos inquirir del Señor hasta en los más pequeños detalles; al hacer esto perseveramos en la oración y, por ende, vivimos a Cristo

Debemos inquirir del Señor hasta en los más pequeños detalles; al hacer esto perseveramos en la oración y, por ende, vivimos a Cristo (cfr. Jos. 9:14; Fil. 4:6-8). “Si continuamente ofrecemos acciones de gracias al Señor, el adversario no podrá distraernos y apartarnos de nuestra vida de oración. Perseveramos en la oración, al velar en ella con acción de gracias” (*Life-study of Colossians* [Estudio-vida de Colosenses], pág. 583). También debemos dar a conocer nuestras peticiones delante de Dios con acción de gracias. La señal de que una persona ora es que la misma eleva acciones de gracias. Elevar acciones de gracias

nos persevera en una vida de oración. La nota 1 de Josué 9:14 en la Versión Recobro del Antiguo Testamento [en inglés] dice:

Los hijos de Israel fueron engañados por los moradores de Gabaón porque actuaron como una esposa quien se olvidó de que tenía un marido. Lo que los hijos de Israel hicieron fue exactamente lo que Eva hizo en Génesis 3. El pueblo de Dios, como Su esposa (Is. 54:5; 62:5; Jn. 3:29; 2 Co. 11:2; Ef. 5:23-32; Ap. 21:9-10), debe vivir juntamente con Él, dependiendo siempre de Él y siendo uno con Él.

Debemos perseverar en la oración y así, vivir a Cristo.

**A MEDIDA QUE PERMITIMOS
QUE LA PAZ DE CRISTO NOS GOBIERNE
Y QUE LA PALABRA DE CRISTO MORE EN NOSOTROS
POR MEDIO DE NUESTRA ORACIÓN PERSEVERANTE,
ÉL NOS SATURARÁ Y REEMPLAZARÁ LO QUE SOMOS
CONSIGO MISMO HASTA QUE TODAS NUESTRAS
DISTINCIONES NATURALES DESAPAREZCAN
Y LLEGUEMOS A SER EL NUEVO HOMBRE EN REALIDAD**

A medida que permitimos que la paz de Cristo nos gobierne y que la palabra de Cristo more en nosotros por medio de nuestra oración perseverante, él nos saturará y reemplazará lo que somos consigo mismo hasta que todas nuestras distinciones naturales desaparezcan y lleguemos a ser el nuevo hombre en realidad (Co. 3:15-17; 4:2-3; 3:10-11). ¡Aleluya! Oremos sin cesar.—D. T.